

ESCENAS FAMILIARES ENTRAÑABLES DE LA VIDA DEL VENERABLE MANUEL APARICI

«Aunque le educaron en la fe católica, nunca fue consciente ni responsable y que cuando fue creciendo y en su pubertad ya estaba ajeno a Dios y a la Iglesia ...

»No fue consciente de su vocación cristiana, ni de la grandeza de su bautismo, lamentando y añorando como San Agustín, al que tenía devoción, y con sus mismas palabras: ¡Tarde te conocí, hermosura siempre nueva! ...

»Generalmente hablaba siempre con pena porque él era un superficial y un “bala”, pasando de estas cuestiones tan fundamentales e importantes, lamentaba no haber aprovechado el tiempo y, sobre todo, no haber correspondido a las abundantes gracias que Dios le había dado.

»Repetidamente, en su apostolado con jóvenes, insistía que él desde su primera formación había sido un libertino e inconsciente, rutinario, evasivo, que asistía a muchos bailes, teatros, cines y otras diversiones y que hasta su conversión real no se había dado cuenta del inmenso amor de Dios, de la fuerza de su gracia, de sus designios. Se enardecía y emocionaba muchas veces cuando hablaba de su conversión, del tiempo perdido, de su experiencia en la amistad con Dios; ¡cuántas veces repetía aquellas palabras de Isaías: “Su amor es más fuerte que la muerte y sus besos más embriagadores que el vino”, refiriéndose al infinito amor de Dios» ¹.

«Hablaba ² en testimonio de primera persona sobre la juventud, incluyendo anécdotas como su distribución de la semana en bailes y fiestas (en la que obtuvo una copa de “danzón”, y mencionó que había tenido novia), hasta su nueva vida tras su “conversión”, en la que todo su tiempo libre de empleado de Aduanas lo consumía su asistencia a reuniones, Círculos de Estudio y preparación de programas y viajes de propaganda» ³.

Sin embargo, algunos testigos opinan que «hablaba de su conversión, en términos y formas que consideraban exageradas por su parte, teniendo en cuenta los ejemplos vivos que de él recibían» ⁴.

«Lo que hablaba de su conversión –declara Ana María Rivera, testigo– es no de pasar de una mala vida, sino de superficialidad y frivolidad a una entrega a Cristo a quien descubrió. Hablaba de cómo en el ejercicio del apostolado con los demás jóvenes, en propagandas, retiros, reuniones, actos de capilla o iglesia, ahondó o aumentó su conversión. Por dar ejemplo al ir en cabeza, Jesucristo le fue conquistando interiormente. La oración por los demás, por verles desgraciados (sin Gracia) le fue llevando a una atracción irresistible por Jesucristo y porque fuera conocido y amado» ⁵.

¹ José Díaz Rincón, testigo (Copia Pública pp. 220-254, en adelante C.P.)

² «Los días que duró el cursillo, realizado en el internado en el Seminario de Huesca, se asistía por la tarde a conferencias públicas en un teatro, abarrotado de jóvenes, en las que Don Manuel como único orador (Semana de Juventud) hablaba ...» (Testimonio de J. Ramón García Lisbona. C.P. pp. 9866-9868).

³ El 17 de Mayo de 1936 anota en su Diario: «*En otro viaje será preciso pedir alojamiento en el Seminario o en algún convento, celda humilde, cama dura, oración larga*» .

⁴ Alejandro Fernández Pombo, testigo (C.P. pp. 166-182).

⁵ C.P. pp. 676-686.

«Cuando él, en público, en sus discursos, a jóvenes, hablaba de su primera juventud, yo –dice Mons. Maximino Romero de Lema, testigo– me sonreía un poco porque me parecía que siempre había sido muy honrado. Esa “conversión” yo la interpretaba a la manera cómo en la psicología de los Santos se subrayan estas cosas. Y como yo pensaban muchos de mis compañeros»⁶.

«Mi padre pasado el tiempo –declara Josefina Aparici, sobrina carnal (la sobrina mayor) y ahijada de Manuel Aparici, testigo–, decía: tu tío Manolo presume de pecador, iba a bailes, incluso estaba enamorado, le gustaba mucho bailar; a mí me enseñó a bailar el charlestón cuando era pequeña, cosas que le he oído a mi madre». ... «A tu tío le da por presumir de pecador, todo lo más ha sido un frívolo, ¡pero quien lo oiga ...!» ... «Cuando era joven no iba a Misa, ni comulgaba, ni rezaba más que inducido por las costumbres familiares; se ve que no tenía fe, o por lo menos no la practicaba» ... «El elemento de juicio que tengo es que en la familia decían que antes de empezar a vivir cristianamente se dedicaba a su vida y después cambió [...]» ... «[...] Compañeros de Aduanas, matrimonios conocidos [...] decían: que cambiao ¿cómo puede ser así Manolo? Cómo era antes y cómo es ahora [...]. Y decían: mucho le tiene que costar ser así [...]»⁷.

Por su parte, José María Riaza Ballesteros, testigo, cree que «lo que el Siervo de Dios llamó su periodo de “pecador” fue más bien, en su opinión, una actitud de catarsis ..., pero el término “disipación” pudiera ser francamente excesivo. Muy probablemente fue simplemente un muchacho de su época, lo que podría ser interesante para los jóvenes actuales, como modelo»⁸.

1. Josefina Aparici González,⁹

Muchas de las cosas las conoció, principalmente, por su padres (su padre era hermano de Manuel Aparici) y abuelos paternos. El trato familiar era el de una familia normal. Se veían con frecuencia, veraneaban juntos a veces y en ocasiones vivió y pasaba algunos veranos con sus abuelos y su tío Manolo. Y así hasta su muerte en 1964.

«Cuando nací me dieron por muerta, y él llegó cuando acabada de nacer y mi padre le dijo que había nacido muerta, y él le dijo que quería verme, y le dijeron que ya no podía, que estaba en el cuarto de baño, y él fue a verme y llamó al médico para decirle que estaba viva. Entonces [...] no era sacerdote [...]. Tendría aproximadamente 23 años. Eso lo supe cuando era mayor y a través de mi madre».

«[...] Por mi madre, que lo comentó siempre que hablaba de él, oí que había salido un día de su casa pensando ir a una vela del Santísimo y después a un baile y que fue a la vela y ya no fue al baile y que desde entonces había sido distinto [...]».

«Andaba de viaje, dormía en los trenes, lo normal, no paraba un momento» ... «Tampoco andaba cogiendo taxis, cogía el metro mientras estuvo sano. Y pasó de andar en coche-cama a viajar de noche con los de Acción Católica toda la noche sentado en el tren en segunda; viajaba mucho en tren en los trayectos largos».

«[...] Recuerdo que llegó muy entusiasmado [de la Peregrinación a Roma en 1936] [...] y mi madre le tomaba el pelo diciéndole que no se peinara que le había puesto la mano el Papa en la cabeza».

«Yo la primera vez que lo oí se lo oí directamente y fue una manifestación no pensada. Estábamos veraneando en La Toja, mi madre y mis hermanos, mi tía Matilde [hermana de Manuel Aparici] y yo, mis abuelos [...]; discutían mi abuelo y él a grito pelado; debía de ser porque mi abuelo quería que hiciera otra vida más mundana y él

⁶ C.P. pp. 9814-9832.

⁷ C.P. pp. 591-627.

⁸ C.P. pp. 301-312.

⁹ C.P. pp. 591-627.

decía que no [...]; mi abuelo gritando dijo: si sigues así tiras tu carrera por la borda, y él gritando le contestó: pues sí, la tiro y me hago sacerdote; creo que era el año 1935, no volví a oír hablar más de este asunto hasta que llegó el momento, cuando mi padre me dijo que dejaba de ser de Aduanas, pudiendo ser director, para ser sacerdote, no me extrañó nada porque recuerdo la discusión aquella» ... «[...] Mi abuelo estaba bastante fastidiado de que creyó que iba a tener un porvenir brillante y que veía que se le torcía».

«[...] Era muy paciente [...] a pesar de que tenía un temperamento muy fogoso; mucha gente creía que no tenía genio, pero empezaba un arranque y se dominaba en seguida [...]» ... «Las pocas veces que le vi subiendo tono, nunca llegó al final, o sea que no explotaba por completo, y notabas que se dominaba, normalmente se daba la vuelta, tenía genio, no era pasta flora. Se dominaba y controlaba».

«Conociéndolo de familia había muchos detalles que veías que de por sí hubiera sido un sibarita [...]. Recuerdo una cosa del verano del 40, arreglando unos armarios con mi abuela encontramos unos pijamas de seda, de esos exquisitos, y mi abuela le dijo: Manolo aquí tienes estos pijamas ¿no los usas? Y dijo: dáselos a alguien que yo no los voy a usar» ... «Cuando hacía otra vida, antes, sí le gustaban sus pañuelos de seda natural, si viajaba lo hacía en coche cama ..., pero una vez que inició el camino de la conversión dejó esa clase de lujos. Él cambio de su vida fue de repente».

«No era de los que están con sermones, y predicando continuamente en casa, era normal y natural, si decía algo porque fuera oportuno lo decía con una convicción que ya no lo ponías en duda. Se levantaba muy temprano, la casa de la abuela era grande y fría, nunca lo vi quejarse de frío o pedir que la muchacha le calentara agua para el baño. En casa de mi abuela tenían unos horarios muy poco comunes; yo los recuerdo siempre comiendo y cenando tarde; mi abuela salía poco de casa, y él a lo mejor había estado trabajando todo el día; nunca se quejó de los horarios y en todo se acomodaba él a la casa y no la casa a él; la vida de familia en aquellas circunstancias, ni por parte de las personas de alrededor, ni de la casa, ayudaban a que una persona tuviera facilidades».

«Lo que conservo en casa son dos cilicios de él en buen estado, no digo en buen estado sino que siempre me chocó que eran dos y que ninguno estaba roto, con lo cual puede suponerse que usaba dos y no uno».

«[...] Una de las veces que vino a La Coruña lo encontré por la calle Juana de Vega y le dije: ¿a dónde vas?, a los Jesuitas. Lo acompañé a la puerta y allí me di la vuelta, y después aprovechó un momento en casa y me dijo: ¿por qué no entraste en la iglesia? Y dije: porque llevaba manga corta. Me dijo: no te dejes guiar, no te influencias, piensa que si la Virgen viviera ahora no llamaría la atención en sus costumbres y en su ropa; mientras tú puedas ir por la calle imitando a la Virgen, entonces puedes entrar en la iglesia; si no puedes entrar en la iglesia es que tampoco puedes ir por la calle».

«[...] Siempre estaba estudiando y leyendo; cuando estuvo enfermo lo único que se permitía de vez en cuando era leer una novela del coyote [...]».

«Otra vez que fui a Madrid, a casa de una prima de mi madre, y una mañana me fui a casa de la abuela y al entrar pregunté: ¿está el tío Manolo?; me dijeron: está en San Ginés [su Parroquia], y fui a buscarlo y llegué cuando salía por el atrio y le di un par de besos y me fui con él para casa; después me llamó y me dijo: no vuelvas a hacer lo que hiciste hoy porque resulta muy extraño; quien lo vea no sabe que eres mi sobrina».

«Otro detalle: llegué a Madrid y vi que tenían muchacha nueva muy enclenque y mayor, llamada Modesta; daba la sensación que no podía con el trabajo, y comentándolo con otra señora que también había ido a limpiar a la casa de la abuela, y dije que me parecía que no servía de mucho. Fue una condición que le puso mi tío a mi abuela que no quería chicas jóvenes en casa, que se haría rarísimo cuando abrieran la puerta, para que no se prestara a comentarios».

«Cuando estaba enfermo [a este punto le dedicaré unas palabras en otro documento], estaba mucho rato solo, prácticamente la mayor parte del día, y años seguidos en una butaca sin salir de casa. Una de las veces que fuimos mi marido y yo a verlo, siempre te recibía con una sonrisa y mi marido le dice: Manolo, ¿por qué no te compras una televisión?, te distraería un rato, y se quedó pensando y dijo: me parece una falta de pobreza en un sacerdote y sonriendo dijo: me distraería demasiado. Y murió sin televisión».

«Veníamos de pasar mi marido y yo un domingo en el Escorial [pueblo de la sierra de Madrid], hacía muy buen tiempo, y dice mi marido: estoy pensando que voy a subir a casa de tu tío Manolo a lavarlos los pies y arreglárselos, pero es mejor que tú no subas porque a lo mejor le resulta violento y humillante, y se siente más a gusto conmigo solo. Yo lo esperé en un bar. Y cuando bajó me dijo: estuvo tranquilo, sonriente, y en ningún momento se sintió humillado porque le lavara los pies».

«Se levantaba muy temprano, rezaba mucho [...]».

2. Rafael Aparici Vila, sobrino carnal de Manuel Aparici y testigo ¹⁰

Trató a su tío desde muy niño dado que sus padres iban a casa de su abuela, donde vivía su tío. Lo encontraba muy frecuentemente; más adelante, solía ayudarlo a Misa, cuando coincidían, durante dos veranos, en la residencia de Jóvenes de Guadarrama, pueblo de la sierra de Madrid. En su juventud fue su director espiritual; con él comentaba todas las cuestiones religiosas que le interesaban y le pedía libros para su formación. Lo trató hasta su fallecimiento. Otras, por lo que yo he podido observar y escuchar en las conversaciones familiares, por referencias de mi madre, etc.

«[...] La formación religiosa que recibió [...] fue la que en aquellos tiempos se daba en el seno de una familia de esa clase social conservadora.

«Mi tío era Técnico de Aduanas [...]. Por referencias de mi madre sé que sus primeros años de vida profesional fueron como los de cualquier joven de su época; me hablaba del encuentro que tuvo con quien después iba a ser su marido, y por consiguiente mi padre, en los bailes del Ritz, a los que le acompañaba mi tío Manuel. Por referencias de mi casa sé que, simultaneando con esta vida de relación social, solía asistir a reuniones, primero de las Congregaciones Marianas y más adelante de la Juventud de Acción Católica» ... «Conoció al mismo tiempo al tío Manolo y al que más adelante fue mi padre, y me consta que sintió una simpatía especial por mi tío, pero al verlo tan ocupado e imbuido en su actividad religiosa, centró la amistad en mi padre».

«El comentario general en la familia sobre el desarrollo y culminación de la vocación de mi tío Manuel en el sacerdocio era que tenía una brillante carrera civil por su profesión y que abandonó todo por hacerse sacerdote».

«[...] Era confesor y director espiritual de altas personalidades, siendo una de ellas Don Alberto Martín Artajo, entonces ministro de Asuntos Exteriores y antiguo Presidente de la Acción Católica [...]».

¹⁰ C.P. pp. 313-329.

«La característica fundamental de mi tío Manuel era la alegría, su espíritu de juventud, que lo contagiaba a todo el mundo que se relacionase con él, y su fe, una fe inmensa» ... «[...] era profunda que le hacía ser muy alegre en su apostolado y en la transmisión del mensaje apostólico a los demás: era la forma de hablar, de expresarse con ilusión».

«Mi tío Manuel era una persona que estaba avanzada, en su forma de ser sacerdotal, a la época que le correspondió vivir: lo que hizo fue de un gran espíritu ecuménico entre un porcentaje de la Juventud española, con un objetivo común que era la fe en Jesucristo».

«[...] En la familia, su madre y mi tía que con él vivían, manifestaba una fe profunda, que yo creo que, más que recibirla de los mayores, había obrado en ellas la fe de su hijo y hermano [...]».

«[...] Recuerdo que trabajó, en su enfermedad, en la conversión de una persona de religión judía, que por referencias de mi tío, la mayor dificultad para su conversión la tenía en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía».

«Oí a mi tío Manuel manifestarse con sentimiento y profundo dolor por las faltas cometidas por otras personas, sin referencia concreta a ellas, y sé que sentía un espíritu de reparación por sus pecados y por los propios, por quienes hacía sacrificios de todo tipo, incluso con el uso de cilicios y disciplinas, de las que creo recordar haberlas visto en su casa después de su fallecimiento».

«[...] Sé que ayudó económicamente a otras personas, no sólo con dinero que recibía y buscaba de otras personas para obras de caridad, sino también de sus propios ingresos, como es el caso de mi propio padre, al cual estuvo pasando cantidades para su ayuda de manera periódica. Y a mí personalmente me buscó becas para el Bachillerato, y en algunos casos se hizo cargo de mis estudios».

«Mi tío Manuel tuvo un ascendiente grande en mi familia; era consultado, y sus opiniones tenían una alta consideración».

«[...] Recuerdo, desde niño, el cuidado que tío Manuel tenía sobre el cumplimiento del precepto dominical: coincidiendo con él en algunos veranos, cuando yo era muy niño, cuidaba de que oyésemos la Misa entera, y si faltábamos a una pequeña parte de ella, teníamos que asistir de nuevo a otra Eucaristía. Para personas más selectas, como los Jóvenes de Acción Católica, y yo mismo, su dirigido, quería la frecuencia de la Eucaristía, y a ser posible que ésta fuese diaria».

«[...] Nunca vi en él deseos de buscar cargos u honores especiales: en la familia se comentaba que podía estar entre los candidatos al episcopado, pero yo nunca le oí alusión alguna a este tema. Era sencillo con todas las personas, sin tener en cuenta su posición social».

3. Javier García de Leániz Aparici, primo de Manuel Aparici y testigo ¹¹

Trató a Manuel Aparici desde niño, pero sus contactos eran esporádicos, ya que los padres de éste vivían en Barcelona y el testigo en Madrid, por lo que los recuerdos de esta época son muy vagos. Por otro lado, estaba la diferencia de edad. Terminada la Guerra Civil se intensificaron los contactos, y en 1941 fue a vivir a la misma casa de Manuel Aparici, en otro de los pisos. Le trató hasta su fallecimiento.

¹¹ C.P. pp. 399-405.

En alguna ocasión le trató de sus dolencias, pues era médico (de las dolencias de Manuel Aparici trataré en otro documento. Sólo decir ahora que su declaración en este sentido fue amplia y precisa como médico).

«[...] Recuerdo que el que fue ministro de Hacienda, José Larraz, le propuso para el cargo de Director General de Aduanas, pero renunció a dicho cargo para poder dedicarse plenamente, como había estado haciendo hasta entonces, a su labor en la Acción Católica Española, y sé que propuso para dicho cargo a su tío, Gustavo Navarro».

«No me extrañó el ingreso de mi primo Manuel en el Seminario, pues en el ambiente familiar se hablaba de sus deseos de ser sacerdote y que la delicada salud de su madre le iba demorando esta decisión».

«[...] Recuerdo que mi primo, ya seriamente enfermo, se permitía con dificultad dar un paseo alrededor de una plaza próxima, apoyado en su hermana, mayor que él, y al enterarse que alguien hizo un comentario inconveniente dejó de salir con ella».

4. Ezequiel Puig-Maestro Amado García de Leániz, sobrino segundo de Manuel Aparici y testigo ¹².

Le conoció desde pequeño, pero cuando tuvo un contacto más directo con él fue hacia los años 60, con ocasión de los veranos que pasaban en Torrelodones, pueblo de la sierra de Madrid. Durante el resto del año no mantenía contactos con él.

«De los años de sacerdote de mi tío Manuel [...] le ayudaba a Misa durante el verano, que coincidíamos en la localidad de Torrelodones, ya enfermo, en una silla de ruedas, y tenía que celebrar sentado la Eucaristía; le ayudaba a revestirse y a la celebración de la Santa Misa [...]».

«Mi tío Manuel celebraba la Eucaristía en un salón del hotel donde residía, y siempre asistían a ella los dueños del hotel y huéspedes, en número sensiblemente mayor de asistentes los domingos y días de fiesta. Por referencias de la hija de la dueña del hotel, sé que era muy admirado por su madre por su modo de comportarse con respecto al culto de Dios.

«[...] Daba facilidad a los huéspedes del hotel de cumplir con este deber religioso. No teniendo reparo diariamente de acceder a su Misa a las personas que lo desearan, estando en una condición física de graves disminuciones de sus facultades [...]».

«Para mí, mi tío Manuel fue un ejemplo y modelo del ejercicio de la virtud de la fe [...]. También, para mi madre [...]; más aún, en mi familia puedo decir que tía Pilar, parálitica de poliomielitis, y bastante impedida, sentía una gran admiración de cómo llevaba la enfermedad su primo hermano Manuel».

5. Alfredo de Piquer Navarro, primo carnal de Manuel Aparici y testigo ¹³

Conoció a Manuel Aparici desde niño, pero debido a la diferencia de edad (17 años aproximadamente, frente a unos 30 pasados) no llegó a tratar con él hasta que su familia se trasladó a la misma casa donde vivía su familia. Su primer trato fue simplemente familiar, hasta que Manuel Aparici empezó a hablarles (él y a su hermano) de la Acción Católica y manifestar su interés de que formásemos parte de la misma [...]. Aceptaron ingresar. Desde entonces su trato fue continuo, familiar y apostólico.

«Mi boda fue la primera presencia de Manuel, ya sacerdote, y pocos días después de su ordenación, oficiando la Misa de esponsales».

¹² C.P. pp. 393-398.

¹³ C.P. pp. 121-134.

«Asistí a la peregrinación que Manuel organizó [...] a Roma [...]. Recuerdo que al presentarse todos los peregrinos, con Manuel al frente, ante el Papa, el Santo Padre le puso las manos en la cabeza, y sorprendentemente para mí vi cómo después de la audiencia se acercaban compañeros para cortarle mechones de su cabello. Fue una peregrinación auténtica, con carácter de austeridad; fuimos todo el trayecto en vagones de clase inferior; sin ningún aspecto turístico, dedicados a visitar las basílicas y centros religiosos romanos [...]».

«Terminada la Guerra Civil de los años 1936-1939, Manuel se dedicó de modo especial al apostolado católico en la España de la posguerra, y para ello renunció a un alto cargo en la Administración del Estado que le habían ofrecido como Director General de Aduanas, que era el Cuerpo al que pertenecía».

«En la época de Consiliario de Manuel, recuerdo que se publicó un libro de preces, que lo conservo y continúo usándolo, por lo que lo considero no solamente muy útil, sino de una extraordinaria valía como guía espiritual para los que hemos sido de la Acción Católica. Otro librito que se publicó durante su época de Consiliario, y que no me cabe la menor duda que fue obra suya, se titulaba «Guía del Peregrino», y en ella figura su definición de peregrinar –que tantas veces se recordaba– «Peregrinar es caminar al Padre, por Jesucristo, a impulsos del Espíritu Santo, con la ayuda de María y llevando a los hermanos».

«[...] En los momentos de persecución religiosa, años 1931 y siguientes, noté en él una entrega especial al apostolado de la Acción Católica [...]».

«[...] Los últimos momentos fueron para mí impresionantes: estando yo presente, y sin respiración, intentó levantarse del sillón donde estaba y exclamó con voz firme: “Dios, recibe mi espíritu”, y en ese momento cayó desplomado sobre el sillón, muerto».

Don José no es de la familia de Manuel Aparici ni testigo en su Causa de Canonización, si bien éste se consideraba “cuasi hijo” de la familia Rivera, cuya influencia en ella fue muy grande y al que apreciaban muchísimo (aunque sea reiterativo en los temas bien merece un monográfico que abordaré), te ofrezco unos párrafos de la carta que Don José envió a su amigo el Excmo. Sr. Don Blas Piñar, por la razón que te diré unas líneas más adelante.

6. Carta del Rvdo. Don José Rivera Ramírez ¹⁴, cuya Causa de Canonización está abierta a su amigo el Excmo. Sr. Don Blas Piñar

«Querido amigo:

»Escribo en nombre de un grupo de personas, amigas de Manuel Aparici, antiguo Presidente y luego Consiliario de los Jóvenes de Acción Católica. Hemos creído verdaderamente importante, e incluso necesario como respuesta a la gracia que Dios nos concedió de tratarle con cierta intimidad, reunir testimonios acerca de las diversas facetas de su rica personalidad. Pensamos en un futuro trabajo que perpetúe la luz de su doctrina y de su vida. Puesto que “no se enciende una lámpara y se coloca debajo del celmín sino encima del candelero para que alumbre a todos los que están en la casa”.

(Mat. 5-15) [...].

¹⁴ Manuel Aparici fue director espiritual de José Díaz Rincón desde Mayo de 1954 hasta prácticamente el día de su muerte. Al final, Manuel Aparici le pidió que se dirigiese con Don José Rivera Ramírez, cuyo Proceso diocesano de Canonización se abrió el 21 de Noviembre de 1998, hermano de Antonio, «El Ángel del Alcázar», de Sor Carmen Teresa de Jesús, en el mundo Carmen Rivera, y de Ana María, ambas testigos en la Causa de Canonización de Manuel Aparici, diciéndole: «Pepe está criado a mis pechos, aunque tú casi no le conoces ten confianza absoluta en él, es un sacerdote muy joven y muy santo». (C.P. pp. 220-254).

La carta de Don José lleva fecha 10 de Diciembre de 1967. Se conoció, sin embargo, muchos años después, cuando Don Blas declaró como testigo en la Causa de Canonización de Manuel Aparici (Copia Pública 352-361). Se da la feliz circunstancia que este texto de San Mateo que cita Don José fue la segunda lectura leída en el momento de la apertura del Proceso años antes, en 1964.

Carlos Peinó Agrelo

Peregrino. Cursillista. Ex-Notario Adjunto Tribunal Eclesiástico (Archidiócesis de Madrid, España) Causa de Canonización de Manuel Aparici. Colaborador en la redacción de la *Positio super virtutibus*, Ex-Vice Postulador de su Causa, etc.